

## UN PUEBLO SIN MAR

Tenemos el clima y el encanto, el sol y las palmeras, pero nos falta el mar. Tenemos historia, cultura y tradición, ingenio y talento, pero nos falta prosperidad. Tenemos familia, amigos, tardes de anécdotas, noches de copas, sábados de fiesta y domingos de misa, pero nos falta vivir más seguros. Tetecala es así, un pueblo de contrastes. Donde cada persona es un personaje, cada calle un teatro y cada hogar una novela. Donde murió Pedro Ascencio, donde Benito Juárez dejó su huella, donde le cantan a Modesta Ayala. Un pueblo con sabor a mango y tamarindo, con olor a huerta y mariguana. Donde pasa de todo y nunca pasa nada.

En este pueblo nací y crecí hasta volverme adulto. Me conmoví con las vírgenes dolorosas de la Semana Santa y su sendero de espinas. Me emocioné con el tambor y la flauta de los tecuanes, y con los espejos en las máscaras de sus fieras. Bebí ponche con los inditos cantores en las serenatas a la Guadalupeana. Nadé con los amigos en el río y corrí con los diablos en la mojiganga. Le pegué a la pelota en el campo deportivo y encesté canastas en la explanada de la presidencia. Desfilé con la banda de guerra de la Escuela Secundaria, y ovacioné a los jinetes en una tarde de jaripeo. En fin, soy un tetecalense.

Mis circunstancias me llevaron a dedicarme a la historia. El aprendizaje del pasado inició con mi amistad con Martín Rangel, cronista de Tetecala y, casualmente, mi vecino por esa época. Una persona inteligente, simpática y generosa. Me compartió sin ningún reparo todos los datos que había recopilado sobre la historia del pueblo, que no eran pocos, además de contarme sus propias vivencias como cronista y gestor cultural. Con Martín recorrí el pueblo tocando puertas, pidiéndole a las familias que nos compartieran sus historias. Logramos crear un pequeño archivo de fotografías antiguas sobre Tetecala, que luego se expusieron al público en varias oportunidades. Siempre estaré agradecido por su amistad y confianza, y por la labor que realiza para preservar y difundir la memoria histórica.

La curiosidad por el pasado me llevó a conocer a mucha gente. Me senté a platicar con políticos, líderes sociales, comerciantes, artesanos, maestros, promotores culturales, deportistas, curas, gente del arte y la cultura. Los conocimientos sobre Tetecala se fueron ampliando con la consulta de libros y folletos en la biblioteca municipal y en el archivo

de la parroquia. Realicé mi primera investigación, en 2005, sobre el personaje de Lauro Arellano Morales, comerciante, industrial y político tetecalense de principios del siglo xx. Seguí recopilando información por varios años y, en 2012, inicié un proyecto de difusión histórica, cuando abrí el perfil de Facebook de “Tetecala Cultura”, un sitio en el que compartí contenido sobre la historia y las tradiciones del pueblo, además de intercambiar opiniones con la gente de la comunidad.

En varios momentos tuve la intención de escribir un libro, incluso redacté algunas páginas, pero en cada ocasión surgieron obstáculos para concretar el proyecto. Es curioso que muchos amigos y conocidos me pregunten por “mi libro” sobre Tetecala. La verdad es que nunca he publicado un libro sobre la historia del pueblo.

Escribir la historia de Tetecala no es tarea fácil. Hablamos de un pueblo con más de 500 años de historia. Los arqueólogos calculan que ya estaba habitado hace 800 años, pero no sabemos casi nada de la vida de esos primeros pobladores. El pueblo fue ocupado por los tlahuicas, un grupo de origen náhuatl, formando parte del señorío de Cuauhnáhuac, pero pronto fueron sometidos por los mexicas. Cuando los españoles conquistaron el territorio, en el siglo xvi, Tetecala era una pequeña comunidad indígena que adoraba a sus dioses en cerros y cuevas. La conquista española, obviamente, lo cambió todo. El pueblo fue bautizado en la fe católica como San Francisco Tetecala. Cambiaron las costumbres, se impuso la lengua castellana y el cristianismo. Se fundó la parroquia de San Francisco de Asís, corazón de la vida religiosa y social de la comunidad. En los alrededores del pueblo se instalaron las haciendas azucareras de Actopan, El Charco y Cuautlita. También llegaron los esclavos traídos de África, que con el paso del tiempo se mezclaron con la población. Así, en los tres siglos de la época virreinal, Tetecala pasó de ser una pequeña comunidad, exclusivamente indígena, a un pueblo con indios, mulatos y mestizos.

La independencia de México trajo consigo más transformaciones. Tetecala se convirtió en ayuntamiento, con un gobierno formado por alcaldes, síndicos y regidores, como parte del distrito de Cuernavaca. Creció una clase media de comerciantes mestizos y españoles, aunque la población indígena seguía siendo importante (para mediados del siglo xix aún se hablaba náhuatl en Tetecala). Muchos vecinos se enlistaron en las guardias nacionales

que lucharon en la guerra contra Estados Unidos y la Intervención Francesa, bajo el liderazgo del teniente coronel José Manuel Arellano. Benito Juárez, quien se había hospedado brevemente en Tetecala años atrás, nombraría a Arellano como jefe militar de la zona. Las últimas décadas del siglo fueron de progreso material para el pueblo, con la mejora de los caminos carreteros, la introducción del servicio postal, la luz eléctrica, el teléfono y el telégrafo, así como una escuela de educación básica. Sin embargo, el estallido de la Revolución Mexicana, a consecuencia de los conflictos agrarios no resueltos, fue otro acontecimiento que trastocó la vida de la comunidad.

En Tetecala el zapatismo tuvo mucha fuerza, siendo en varias ocasiones escenario de la guerra. Tras la revolución, Tetecala se benefició del reparto agrario y la creación de los ejidos. Surgieron empresarios e industriales locales, como Lauro Arellano, quien fundó en 1933 “La Morelense”, una fábrica de hielo y alcohol que fue por varias décadas un importante centro de trabajo. Las luchas agrarias no terminaron, como lo muestra el apoyo al movimiento de Rubén Jaramillo, líder agrario asesinado en Xochicalco, cuyo cadáver fue exhibido públicamente en Tetecala como escarmiento. Cierta estabilidad política, dotada de autoritarismo y falta de democracia, llegó con los gobiernos municipales del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que dominaron hasta finales del siglo XX. Mejoraron notablemente los servicios educativos, con la creación de escuelas de nivel básico y medio-superior, lo mismo que los servicios de salud, con la instalación de un hospital general. El pequeño comercio se convirtió en la principal actividad económica en Tetecala, pero las constantes crisis obligaron a muchos a emigrar hacia la Ciudad de México o Estados Unidos, en busca de mejores oportunidades. A pesar de las dificultades, el pueblo mantuvo sus costumbres y tradiciones, pero es innegable que la modernización las ha ido transformado y erosionando.

La vuelta de siglo llegó con luces y sombras. El joven siglo XXI en Tetecala es una época de alternancia democrática, con gobiernos municipales de distintos partidos, y los primeros gobiernos encabezados por mujeres. Es también una época de revolución tecnológica, que conectó a sus habitantes con el resto del mundo, a través de Internet, de una forma sin precedentes. La oferta educativa se amplió al nivel profesional, con la construcción de un

campus en Tetecala de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. A pesar de la falta de fomento económico en la región, han surgido jóvenes empresarios con negocios innovadores, e interesantes proyectos para activar el turismo en la localidad. Sin embargo, los estragos de la violencia y el crimen organizado se han convertido en un lastre social de nefastas consecuencias, que afectan el desarrollo económico, la calidad de vida y las esperanzas de progreso y un futuro mejor.

Como vemos, escribir la historia de Tetecala no es tarea fácil. Una consulta rápida al catálogo de la Hemeroteca Nacional arroja más de 4,000 artículos con menciones a Tetecala, a lo que hay que sumar los cerca de 400 expedientes localizados en el Archivo General de la Nación, que integran unos cuantos miles de páginas, sin contar los expedientes que se encuentran en el Archivo Histórico del Estado de México, el Archivo Histórico del Estado de Morelos, el Archivo de la Defensa Nacional y, por supuesto, en el Archivo Parroquial de Tetecala. Es difícil encontrar otro pueblo en la zona sur-poniente de Morelos con tantos registros históricos. Por eso, cuando decimos que Tetecala es un pueblo rico en historia, no estamos exagerando.

Existe, además, la “otra” historia, que no es la historia de los archivos y documentos, sino la historia viva de la gente. La historia de los personajes del pueblo, de sus apodos y frases célebres. La historia de los pequeños negocios, panaderías, farmacias, tiendas de abarrotes, ferreterías, puestos callejeros, carnicerías. La historia de los centros de enseñanza, del jardín de niños “Ramona Ortiz”, de las primarias “Benito Juárez” e “Ignacio Ramírez”, de la Secundaria Técnica Núm. 8, del CBTis 232 y la Preparatoria “Benito Juárez”. La historia de los maestros y maestras de cada grado, a quienes tanto debemos.

No nos olvidemos de la historia de las tradiciones, las cabalgatas de la feria de la Candelaria, los huertos de la Semana Santa, la mojjiganga de la feria de San Francisco de Asís, los altares del Día de Muertos, los tecuanes e inditos del día de la Guadalupana. El tradicional tianguis de los martes de plaza, los novenarios a los santos y vírgenes, los desfiles escolares, los torneos deportivos con sus atletas y entrenadores. Tampoco nos olvidemos de las historias de lugares como la casona de Lauro Arellano (ya desaparecida), la Casa “Díaz”, el balneario “La Playa” o el restaurante “Los Cocos”. Ninguna historia de Tetecala estaría

completa sin la colonia El Charco, la Francisco Sarabia, La Joya, la Mariano Matamoros y la Sonora, además de Contlalco, Actopan y Cuautlita, comunidades que integran el municipio, cada una con su propio universo de historias y tradiciones.

Se comprenderá, por lo tanto, que este no sea un libro sobre la historia del pueblo. La historia de Tetecala no cabe en un libro, se necesita una enciclopedia. Este es un libro más modesto. Está compuesto por materiales muy distintos, que fui recopilando durante años, tanto en archivos como entre la gente del pueblo. El lector encontrará anécdotas, datos históricos, crónicas, documentos y fotografías. Es una especie de álbum de recortes, una miscelánea de pasajes históricos, una recopilación de anécdotas para compartir con los amigos y familiares.

Espero sinceramente que los lectores disfruten este libro. Su propósito no es otro más que hacerles pasar un buen rato con fragmentos de la historia de Tetecala, pero si alguien le encuentra otro valor, ya sea educativo o cultural, o le sirve para conectar con su historia personal, me sentiré muy recompensado por el empeño que puse en escribirlo. Espero también que los paisanos en Estados Unidos disfruten leyendo sobre la historia de su pueblo de origen, y les sirva para enriquecer su identidad junto con la nueva cultura que están adquiriendo.

En lo personal, debo decir que Tetecala me ha marcado de manera definitiva, para bien y para mal. Sigue siendo fuente de alegrías y tristezas, de orgullo y frustración. Pueblo surrealista y trágico, romántico y descarnado, con flores en los patios y sangre en las banquetas. Donde alguna vez hubo casas de bóveda de piedra, donde hemos sido felices y desdichados. Este pueblo que el cine imaginó como una isla, donde no hay cruces en el mar, donde los caballos hablan y los rurales imparten justicia. Imaginemos también otro pueblo, con más educación y menos balas, con más música y poesía, con trabajo digno y libertad para que cada quien persiga su proyecto de vida. Tal vez, en cien años, algún historiador escribirá sobre nosotros. Se están construyendo los nuevos capítulos de la historia de Tetecala. Ojalá seamos capaces de mantener el pueblo que tenemos y de construir el pueblo que nos hace falta, aunque nunca dejemos de ser un pueblo sin mar.

Irving Reynoso Jaime

Ciudad de México, 17 de junio de 2023



J. Jesús G.